

gravísimas y desengaños. La muerte de Zwinglio imprimió al encuentro de Kappel un carácter decisivo y mucho más importante que su significación militar. La ciudad de Zurich tuvo reunidos pocos días después 12,000 hombres armados, pero la impresión moral de la citada acción fue dentro y fuera de Zurich muy grande. La campaña de los reformistas no ganó fuerza interior a pesar de la agregación de las fuerzas de Berna; y después de haber experimentado una segunda derrota cerca de Zug, aceptaron la paz, firmada por Zurich el 16 de noviembre y por Berna ocho días después. Con arreglo a este convenio quedaron anulados el derecho de jurisdicción reformista y el de protección a los católicos en los señoríos suizos que no formaban cantones, y se restableció la igualdad de derechos de ambas religiones. En muchos de estos territorios se restauró a la fuerza el culto católico con el nombre de «el verdadero culto cristiano», y en otros fueron expulsados los reformistas y muertos algunos. Esta reacción se extendió también a Saint-Gall, donde solo conservaron la religión protestante la ciudad y comarca de Toggenburg, y a los cantones de Soleura y de Glaris, donde ambos partidos se mantuvieron en paz. La «evangelización» de toda la Suiza que Zwinglio había esperado, había fracasado completamente y el cisma religioso fue en adelante un hecho en la Suiza. Los prudentes entre los vencedores comprendieron que no había ya que pensar en una completa restauración del catolicismo, y así como Zwinglio había contado en vano con el auxilio francés, del mismo modo los cinco cantones católicos se vieron reducidos a sus propias fuerzas. Tampoco tuvieron éxito los decididos esfuerzos del rey Fernando para inducir a su hermano Carlos a aprovechar la victoria de los católicos suizos, a pesar de observarle repetidas veces que no solamente los intereses de la religión sino también los particulares de la casa de Austria-Borgoña exigían de él, como cabeza y brazo de la religión cristiana, que no dejara pasar tan propicia ocasión para acabar con la contienda religiosa y hacerse dueño de Alemania. Todo fue inútil y Carlos V se limitó a socorrer a los cinco cantones con subsidios como lo hizo también el Papa, espantado ante la idea de que los reformistas pudiesen triunfar y dirigirse contra Roma. En la corte del emperador nadie participó de la opinión de Fernando, que creía que los reformistas alemanes sin el auxilio de la Suiza quedarían reducidos a la impotencia; muy al contrario, la corte imperial procuró que los protestantes alemanes no tomaran parte en la guerra religiosa suiza, ocasión que habría aprovechado indudablemente la Francia y también el sultán. Se puede decir que la política de Carlos V fue en aquel tiempo más cautelosa que nunca, dejando que la suerte hiciese desaparecer de una manera u otra los extravíos religiosos. Los condes de Nassau y de Nuenar continuaron las negociaciones con los jefes de la liga de Smalcalda, sin que por esto adelantaran un paso. El elector Juan no quiso comprometerse a prestar su auxilio contra los turcos si antes no se efectuaba la paz religiosa y se negó a asistir al próximo parlamento si no se permitía a Lutero predicar y se le daba un salvo-conducto, porque decía que no podía prescindir de sus consejos. Los protestantes querían, en fin, que hasta el concilio hubiese paz entre los dos partidos religiosos, y de esta pretensión ya no fue posible apartarles.

Mientras el emperador se ocupaba en los preparativos de una unión, bastante lejana todavía, de los miembros católicos, se completó la liga protestante bajo la impresión de la catástrofe suiza. Lutero expresó francamente su satisfacción por la muerte de Zwinglio, que según él había perecido como un asesino y había sido otro Karlstadt y otro Munzer. La batalla de Kappel, según Lutero, era el juicio de Dios, y Zwinglio un condenado si Dios no le concedía, contra toda

regla, la bienaventuranza; en cuanto a la victoria de los suizos católicos sería digna de ser glorificada, sobre todo si los suizos hubiesen extirpado completamente la doctrina errónea de Zwinglio. Celebró Lutero también como una gran ventaja que a consecuencia de los sucesos mencionados se hubiesen separado de los suizos el landgrave de Hesse, la ciudad de Estrasburgo y otros reformistas alemanes. El landgrave Felipe había instado al consejo de Estrasburgo a unirse a él para socorrer inmediatamente a los de Zurich si los necesitasen, y aun después de haberse firmado la paz en Zurich había ofrecido al consejo de esta ciudad 4,000 hombres para el caso de que intentara vengarse e indemnizarse del perjuicio recibido; pero la contestación de los de Zurich convenció al landgrave de que en adelante no querían tratos con él. Por lo demás, temió entonces seriamente la venganza de los Habsburgos, y además los celos entre el elector de Sajonia y el landgrave perjudicaron permanentemente los intereses comunes. Al organizarse definitivamente la liga de Smalcalda, en una reunión que los miembros de la liga tuvieron en Nordhausen se decidió que la jefatura militar se dividiría entre el príncipe heredero de la Sajonia electoral y el landgrave si el caso de guerra era urgente; y si la guerra se prolongaba debía elegirse jefe supremo de la fuerza armada a uno de los tres soberanos de Sajonia, Hesse o Luneburgo. Por lo regular, hacían las veces de jefes un príncipe de Sajonia y uno de Hesse, alternando cada seis meses. El jefe debía convocar en caso necesario un consejo de guerra, en el cual había nueve votos, correspondiendo dos a la Sajonia, dos al soberano de Hesse, dos a las ciudades del Sur de Alemania, dos a las ciudades libres del Norte, y un voto a los demás príncipes y condes juntos. En caso de empate debía decidir el voto del jefe. En la guerra correspondía la jefatura a la Sajonia si el teatro de la lucha era la Alemania del Norte, y al landgrave de Hesse si ocurría en la Alemania del Sur. El efectivo de la fuerza armada quedó fijado en caso urgente en 2,000 hombres a caballo y 10,000 a pie, y el sueldo por dos meses en 140,000 florines que debían aprontar por mitad los príncipes y las ciudades; mas para arreglar estos puntos y fijar la cuota de cada príncipe y de cada ciudad, fueron menester muchas reuniones. Las ciudades del Sur continuaban con sus escrúpulos religiosos; pero al fin se acallaron con la declaración de Estrasburgo y otras ciudades del Sur que admitirían la confesión de fe luterana como equivalente a la tetrapolitana, y aceptaron también la doctrina luterana de la Eucaristía. Desde la batalla de Kappel quedó decidida para siempre la preponderancia del carácter luterano en la liga de Smalcalda y la del elemento de los príncipes soberanos sobre el de las ciudades. Para ser justos no debemos culpar únicamente a los luteranos de la separación entre los reformistas alemanes y los suizos; pero lo cierto es que la indecisión y la falta de energía de los príncipes alemanes luteranos, que querían unir la protección que prestaban a la Reforma con una actitud leal enfrente del emperador, imprimieron un sello indeleble de pobreza e indiferencia a la marcha de la Reforma fuera de la Alemania. Esto no puede atribuirse a un sentimiento nacional exagerado, sino únicamente al temor que les inspiraba aceptar la responsabilidad de mantener una doctrina que les parecía políticamente peligrosa. Algo contribuyó también a este resultado la estrechez moral, que no permitía a aquella gente dar un paso más allá de su confesión de fe. Lutero declaró la guerra a todos los arreglos religiosos cuando dijo: «Maldito sea el amor hasta en el fondo del infierno, si este amor se consigue con perjuicio de la doctrina a la cual todo ha de ceder, amor, apóstoles, ángeles del cielo, en fin, todo.» Explica esta malición la mala suerte que tuvo después la reforma religiosa

alemana. Por lo demás, al paso que los príncipes alemanes no querían reconocer como hermanos a los zwinglianos, no tuvieron escrúpulo ninguno en ir cultivando las relaciones con el extranjero, a lo cual impulsaba la misma liga de Smalcalda por su carácter anti-imperial, que la convirtió bajo cierto aspecto en una nueva potencia que debía desempeñar un papel en la gran política europea. Así Enrique VIII se lisonjeó de ver seriamente amenazado al emperador por la rivalidad de un elector de Sajonia.

Carlos había dejado pasar sin aprovecharlos los años de tranquilidad; el protestantismo alemán, en lugar de someterse, había comprendido al fin su derecho político, y entretanto los antiguos adversarios de la casa de Habsburgo se estaban preparando por todos lados a una nueva embestida.

CAPÍTULO V

EL PERIODO BRILLANTE DEL PROTESTANTISMO ALEMÁN

En el tiempo que medió entre la fundación y la decadencia de la liga de Smalcalda fue continuo el avance de la reforma alemana; porque por una parte arrancó al emperador y a los católicos ciertas concesiones importantes, y por otra ensanchó su dominio, ya pacíficamente, ya por la fuerza de las armas, y hasta triunfó una vez de la revolución suscitada por el radicalismo reformista cuando concibió grandes esperanzas en el porvenir por la caída del papado en Escandinavia e Inglaterra. Debió todo esto el protestantismo alemán a su organización en forma de liga, porque sin ésta no habría podido mantenerse contra los peligros que le amenazaban ni mucho menos haber aprovechado la situación política general para hacer nuevas conquistas. Nada prueba mejor la intervención de causas y consideraciones políticas en las ideas de los reformistas alemanes, que la influencia que los sucesos ejercieron hasta sobre Lutero. Verdad es que al penetrar más la política en el campo religioso en Alemania se pusieron también de manifiesto la ignorancia y torpeza de los alemanes en el terreno político y la presión de las tiranías de tantas autoridades territoriales. Comparados con los mas pequeños soberanos italianos y con los consejos municipales de Italia, los príncipes y las ciudades libres de Alemania se mostraron torpes y groseros enfrente de la política imperial tan vasta como experimentada. Se salvó la liga porque nunca perdió la fe religiosa y principalmente porque el gran número de los enemigos de la casa de Habsburgo impidieron a Carlos V durante unos quince años emprender la lucha formal con la herejía alemana. Ya conocemos la oposición europea contra la casa de Habsburgo, oposición en la cual habían entrado los elementos mas diversos y hasta enteramente contrarios. Ya hemos mencionado los servicios que, sin quererlo, prestaron el mismo papado y el gobierno turco a la reforma religiosa alemana. En una carta escrita en el parlamento de Augsburgo por un protestante se dice, hablando de los temores de un nuevo ataque de los turcos: «El turco nos dará a los evangélicos la paz, porque nuestros adversarios están tan empeñados contra nosotros que Dios mismo apenas nos puede auxiliar.»

Podía contarse con toda seguridad que Soliman trataría de desquitarse del mal éxito de su última campaña contra Fernando y de someter por lo menos toda la Hungría al imperio turco con carácter de Estado vasallo. «Zapolya, escribió el gran visir al rey Fernando, se ha prosternado ante el sultán y por lo mismo se considera siervo suyo.» Todos los esfuerzos de Fernando para llegar con la Sublime Puerta a un arreglo de paz y hasta su ofrecimiento de un tributo anual fueron inútiles; el gran visir rechazó con desprecio una pen-

sión que se le ofreció, y los embajadores, cuyas instrucciones no les permitían acceder a la evacuación completa de Hungría, se despidieron con la impresión de que Dios todopoderoso había abandonado la Hungría a su suerte. Carlos V tenía a la verdad motivo para instar a su hermano a renovar sus tentativas de paz cerca del sultán, pues «de los príncipes cristianos mas debía esperarse enemistad que auxilio.» Además de Hungría y Alemania estaba amenazada al parecer la Italia meridional, porque los venecianos, a pesar de las seguridades que daban a veces de que en caso necesario procederían como cristianos, no estaban dispuestos a poner en peligro su comercio con la Siria y el Egipto, rompiendo con la Turquía; y Loaysa escribió a un confidente del emperador: «Por malvado que sea el rey de Francia, preferiría tenerle a él por aliado antes que a estos mercachifles, que dan mas importancia a cuatro pulgadas de terreno que a Dios.» Sin embargo, bien puede decirse que la política francesa, que mas que nada había inducido al emperador a huir de toda empresa larga y sujeta a eventualidades, fue la que le indujo a desear la paz con la Turquía y finalmente a hacer un arreglo con los herejes alemanes. Francisco I supo paralizar la energía de su adversario muy hábilmente por medio del temor continuo de un golpe que en realidad no se dió. Algunas noticias relativas a la política francesa, que todavía no se han puesto en claro, indican que el rey de Francia hubiera apartado en el año 1532 al mismo sultán de una campaña contra Fernando; y que de buena gana habría combinado su propio ataque contra el emperador con un avance de Zapolya en Hungría y de los adversarios de la casa de Habsburgo en el imperio. La cuestión del concilio, según se jactaba el rey de Francia, estaba enteramente en su mano, y también se había entendido con Clemente VII sobre el casamiento de su hijo segundo, Enrique, con Catalina de Médicis, sobrina del Papa, cuya simpatía se había enajenado el emperador quizás tanto por su confirmación del duque de Ferrara en la posesión de Módena y Reggio (21 de abril de 1531) como por su obstinada exigencia del concilio.

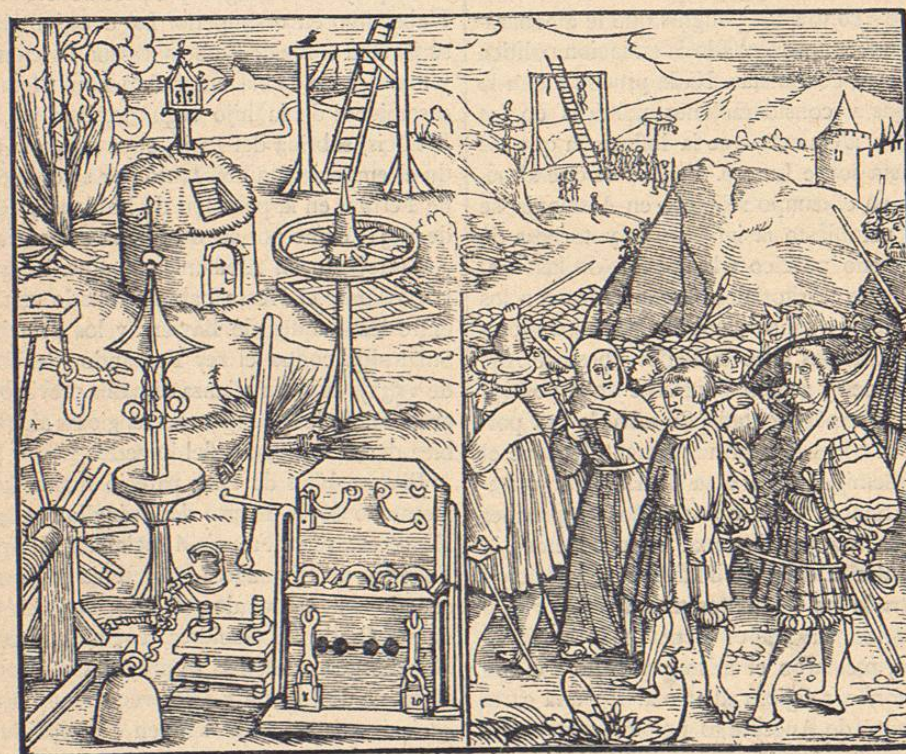
Entretanto en Alemania, de aquella aproximación entre la Baviera y el Hesse había resultado una verdadera alianza entre los duques de Baviera y los príncipes de la liga de Smalcalda contra el rey Fernando (Saalfeld, 24 de octubre de 1531), en cuya alianza se había previsto hasta la decisión eventual de las divergencias religiosas alemanas en una asamblea de los miembros del imperio.

El gran plan de 1529 pareció tomar forma y vida en el momento de la muerte de Zwinglio; agentes bávaros y de Hesse pasaron a Francia e Inglaterra; Felipe se dirigió al rey Federico de Dinamarca, que tenía prisionero a Cristian II, cuñado del emperador, e hizo también proposiciones al duque Carlos de Gueldres, enemigo irreconciliable de los Habsburgos, y además se proyectaba interesar a los suizos, al duque de Lorena y a los venecianos. En todas estas negociaciones encontró también Zapolya su correspondiente hueco y ofreció a los duques de Baviera, «sus queridos hermanos y amigos,» una alianza en virtud de la cual debía inducirse al sultán, en caso de un ataque del Austria contra la Baviera, a una invasión en la Carintia y Croacia; debían dividirse por mitad sus conquistas entre Zapolya y los duques y quedar resguardada la Baviera de toda devastación en caso de una campaña de las huestes turcas contra el imperio. Según este proyecto, sin el consentimiento de Baviera no deberían pactar ni tregua ni paz definitiva Zapolya, ni el sultán, ni los demás aliados. Aprovecharon esta buena ocasión ciertos sospechosos, como el bandido Nickle de Minckwitz, que con credencial turca se dirigió a Baviera; el intrigante Laski, agente al mismo tiempo que de Zapolya, del rey de

Polonia, que tendía su mirada concupiscente á la corona de Hungría, cuyo agente procuró introducirse también en las cortes de Hesse, Sajonia, Baviera y Francia; y además como mensajero de paz en apariencia y en realidad como espía en la corte del rey Fernando. El duque Guillermo de Baviera

escribió al landgrave: «Ahora sabed que nuestros planes están basados en su mayor parte sobre el rey Juan (Zapolya) y que si éste fuese expulsado ó perdiera el juego, se perdería también en gran parte nuestro plan.» Por supuesto, no tenía fundamento el rumor que se esparció de que la Sajonia había

**Es allerdurchleuchtig-
sten großmechtigste vn-
überwindtlichsten Key-
ser Karls des fünfften: vñnd des
heyligen Römischen Reichs peinlich gericht's ord-
nung/auff den Reichszügen zu Augspurg
vñd Regenspurgt/ in jaren dreissig/ vñ
zwey vñd dreissig gehalten/auff-
gericht vñd beschloffen.**



Cum gratia et privilegio Imperiali.

Facsimile de la portada de la primera edición del «Código criminal» de Carlos V (1532)

enviado un embajador al sultan; pero la verdad es que Soliman en su empresa contra los Habsburgos contaba decididamente con una alianza anti-imperial entre la Francia, Inglaterra, Zapolya, Sajonia, Hesse y otros príncipes del imperio. Los bávaros procuraron, en efecto, no solamente en el parlamento de Regensburg sino también por sus partidarios en Bohemia, impedir todo auxilio para Fernando contra

los turcos. En 26 de mayo de 1532 se efectuó en el convento de Scheyern una verdadera alianza entre Francia, Sajonia, Hesse y Baviera, y Felipe hizo notar á los bávaros que no podía desearse mejor ocasión para conseguir con poco trabajo la corona de rey de Romanos para la casa de Baviera, aprovechando la invasión turca, y para obtener al mismo tiempo la restauración del duque de Wurtemberg fingiendo

armarse contra los turcos. El landgrave procuró, sin embargo, tener la puerta abierta, en caso de que la Baviera se retirara, para hacer por su parte la paz con el emperador y con Fernando contando con la mediación de Granvela, y dijo que no economizaría el oro para ganar á este último y á Eck. Dígase ahora con qué derecho los políticos alemanes, que empleaban semejantes medios para sus proyectos, se lamentaban de la falacia extranjera y hablaban siempre de la lealtad y honradez alemanas.

El emperador se vió forzado á procurar un arreglo con los protestantes á cualquier precio; y esta fué la causa por qué el rey de Francia quiso disuadir al sultan de una campaña contra el Austria. Lo mismo procuraron también los duques de Baviera después que su proposición de cercar al emperador y al parlamento de Regensburg con las tropas y reducirlos así á lo que sus adversarios quisiesen, fué rechazada por la Sajonia electoral.

De la singular modificación de los partidos en el interior del imperio es una muestra la conducta del landgrave, que procuró reservarse la posibilidad de decidirse ya por la política anti-imperial, ya por la imperial; al mismo tiempo que Eck excitaba á los católicos contra sus nuevos aliados protestantes y calificaba las concesiones hechas por el emperador con tanta repugnancia en la cuestión religiosa, de traición hecha á la religión. Carlos V no podía tener escrúpulo en seguir la política que Loaysa le había recomendado desde tiempo atrás, cuando en la curia se hablaba recientemente con sorprendente benignidad de los herejes alemanes y de las tendencias de sumisión atribuidas á los luteranos, con las cuales se procuraba engañar al emperador ó que éste se engañara á sí mismo. La verdad era que el papa Clemente había convenido ya, en el verano de 1531, con el cardenal Cayetano, que podía concederse en un caso extremo á los alemanes una bula en que se declarasen pecados veniales todos los actos que no fuesen contra la ley de Dios, y además se les permitiese la comunión en ambas formas y el matrimonio de los sacerdotes. En la primavera de 1532 los teólogos romanos encargados del exámen de la Confesión de Augsburgo opinaron que en ella había mucho que era perfectamente católico y otras cosas que podían redactarse de manera que no fuesen contrarias á la fe. El emperador tenía, pues, por parte de Roma y con gran consternación del nuncio Aleandro, las manos bastante libres para tratar con los protestantes, con los cuales continuaron las negociaciones, encargadas á los mismos mediadores de Maguncia y del Palatinado primero en Schweinfurt y luego en Nuremberg, si bien los príncipes de la liga de Smalcalda se mantuvieron alejados personalmente del parlamento de Regensburg, abierto en 17 de abril de 1532.

Los protestantes aumentaron sus pretensiones; querían que fuesen incluidos en la paz no solo los protestantes presentes sino también los venideros y que cesara toda persecución de luteranos en los territorios católicos. Lutero mismo aconsejó á su soberano el elector que rebajara sus exigencias y calificó la primera de imposible y la segunda de injusta. Esto dió lugar á divergencias y se reanimó respecto del primer punto la antigua oposición entre los luteranos rígidos de Sajonia, Brandeburgo y Nuremberg por una parte y los del Hesse y de la Alemania meridional por otra, que consideraban la exclusión de los futuros correligionarios como una injuria hecha á la religión y como traición que cometían los hijos de Dios contra sus hermanos. Entretanto el emperador, al cual acudieron al fin los mediadores para que decidiera el asunto, se veía en el parlamento en situación muy comprometida enfrente de los católicos. Desde un principio los magnates habían usado un tono muy vivo con el jefe del

imperio, que había tenido que esperar hasta mediados de abril para abrir el parlamento convocado para el 6 de enero, y le habían dado sus quejas por los defectos de la administración y las insolencias de sus españoles. Los católicos pidieron en términos poco menos que amenazadores el mantenimiento de las resoluciones de Augsburgo y la pronta convocación del concilio, y, en caso necesario, si el Papa retardaba el reunirlos, la convocación de un concilio nacional por la autoridad del emperador. Sucedió, pues, que los mismos católicos, con toda su pasión contra los protestantes, cayeron en una situación casi protestante contra el emperador y el Papa.

Respecto del temor de una guerra interior en Alemania mientras el sultan estaba hacia meses avanzando en dirección del imperio, hay que saber que en efecto, el emperador abrigó el recelo durante algún tiempo de que los protestantes aprovecharan la guerra turca para tomar las armas contra él



Medalla con el busto de Scharflin de Burtenbach
Tamaño del original, existente en el Museo Numismático de Berlín

y contra los católicos. Aleandro declaró infundado este recelo, porque los protestantes de Ulma, sin hablar de la Sajonia electoral, opinaban que era menester cumplir con su deber contra los turcos aun cuando fracasasen las negociaciones de paz; y justamente el auxilio de las ciudades protestantes era el que más se necesitaba para reunir la artillería necesaria.

En esta situación se decidió Carlos á consentir en la paz religiosa, que fué pactada en 23 de julio en Nuremberg y firmada por los electores de Maguncia, del Palatinado y el príncipe elector Juan Federico. El landgrave, cuyos embajadores fueron los únicos que no aceptaron el pacto, renunció á su resistencia algunas semanas después. Quedó estipulado que se mantendría la paz entre el emperador y todos los magnates ó miembros del imperio hasta la reunión del concilio general, que debía efectuarse, si posible era, dentro del término de un año y en caso contrario se mantendría la paz hasta el parlamento siguiente. Además se comprometía el emperador á suspender todas las causas incoadas ante el tribunal del imperio por motivos de religión contra la Sajonia y sus correligionarios; si bien esta última seguridad, que era la que más interesaba á los protestantes, debía quedar secreta, para no descontentar á los católicos. Por otra parte esta promesa del emperador tenía la cláusula, que rebajaba mucho su valor, de que los protestantes en cada caso particular debían solicitar al emperador ó á su lugarteniente el sobreseimiento de las causas.

No obstante, puede considerarse esta paz religiosa como una gran victoria de los protestantes. El emperador, hasta entonces representante el más tenaz de la inflexibilidad católica y de la intolerancia con los herejes de la época, había obedecido á la necesidad y se había conformado por lo me-

nos con un reconocimiento formal, bien que temporal, de la innovacion religiosa, aunque su conviccion íntima se erguia contra la sola apariencia de conceder una existencia legal y garantizada á aquellos rebeldes contra Dios y el imperio. Todavía faltaba al emperador recorrer un largo camino sangriento para convencerse de la necesidad absoluta de una paz religiosa duradera, como habia pensado ya en 1532 un cardenal romano, consejero del emperador. Loaysa habia propuesto poco antes del arreglo de Nuremberg que hasta la reunion del concilio todos viviesen segun su uso y costumbre; y si el concilio no se reuniera en el término de tres años por culpa del Papa, que continuaran entonces los herejes viviendo libremente segun su fe, sin temer á los soberanos ni á los parlamentos. Carlos V creyó seguramente haber ido ya demasiado lejos con su concesion de 1532; pero con todo habia logrado su objeto inmediato: la guerra del imperio contra los turcos, que era la guerra santa, que habia deseado durmiendo y despierto mas que nada en este mundo, segun le recordó Loaysa en un escrito.

Ante la lucha decisiva entre los dos emperadores, el del Occidente y el del Oriente, debian enmudecer por el momento todos los demás deseos y quejas.

A los embajadores del rey Fernando que habian entregado á Soliman un postrer ofrecimiento de su soberano, segun el cual la Hungría quedaria abandonada á Zapolya mientras éste viviera y á su muerte volveria á manos de la casa de Austria, contestó el gran visir preguntando con malicia brutal turca si el emperador habia hecho la paz con Martin Lutero, y añadió: «El rey de España se alaba hace tiempo de querer marchar contra los turcos; pero el sultan conduce contra él sus huestes con el auxilio de Dios. Si el rey de España tiene valor, que nos espere en el campo de batalla y sucederá lo que Dios quiera, y si no quiere esperarnos en el campo de batalla, que envíe tributo á mi señor el sultan.» Soliman, que llevaba consigo su trono de oro y su corona imperial, hecha por artistas venecianos, habia preparado minuciosamente esta campaña y la habia anunciado con gran fanfarronada; pues que ya un año antes resonaba el estampido del cañon por mar y tierra cerca de Constantinopla, como si hubiera llegado el dia del juicio final, cada vez que el sultan revistaba su escuadra. Tambien se habia reunido por parte de los cristianos un ejército como no se habia visto hacia ya mucho tiempo, compuesto de 80,000 hombres de tropas del emperador, del rey Fernando y del imperio. Campeggi expresa en sus escritos su alegría al ver pasar diariamente por la ciudad de Regensburg tantas compañías hermosas y marciales que se dirigian al Este. Los ciudadanos de Nuremberg fueron los primeros que presentaron su contingente voluntariamente, casi en número doble de lo que les correspondia, mientras la ciudad de Estrasburgo no envió el suyo siquiera completo. El emperador, debilitado por la erisipela en una pierna y por un ataque de gota que hacia años padecía, estaba tomando los baños de Abach, á fin de robustecerse para la próxima campaña; y se mostraba tan confiado como su competidor turco por el dominio del mundo. Esta vez sufrió el soberbio Soliman una derrota mucho mas sensible que la que habia experimentado delante de Viena. Todas las artes de sitio y todos los asaltos del poder colosal turco fracasaron delante de las murallas de Güns, pequeña ciudad de la Hungría occidental, defendida por unos 700 hombres, capitaneados por el croata Nicolás Jurisich. Los turcos estaban delante de esta pequeña plaza desde el 7 de agosto; y cuando en el último asalto general del 28 se habian hecho ya dueños de la muralla, retrocedieron en medio de su victoria, aterrorizados y extraviados por

los alaridos espantosos que salieron de la poblacion desesperada. El sultan regaló al jefe enemigo, al cual el gran visir trató con todos los honores, la ciudad con todo cuanto contenia y dejándole una guardia de honor se retiró con sus fuerzas. El comandante Jurisich escribió á Fernando que no hubiera podido sostenerse una hora mas. Al parecer no convino á los turcos medirse en campo abierto con la fuerza principal del emperador, y mientras dirigian contra Viena solo caballería ligera, que en su mayor parte fué destruida en el Wienerwald, se presentó Soliman delante de Gratz, para disimular su retirada, que efectuó atravesando la Carniola y la Croacia y asolándolas de una manera espantosa. Posteriormente los historiadores turcos han tratado de encubrir el éxito vergonzoso de esta guerra, empezada con tantas fanfarronadas, diciendo que Soliman habia creído tener que buscar al emperador como ave nocturna en las madrigueras de las montañas. El sitio de Gratz fué levantado y por mar sufrieron los turcos decisivas derrotas por el invicto Andrés Doria, que expulsó á la escuadra turca del mar jónico y conquistó una porcion de plazas fuertes en Morea.

Se decia que Soliman habia declarado que no temia el poder del emperador sino su buena estrella, pues que ante él habian sucumbido, por disposicion de Dios, el Papa y el rey de Francia.

El 24 de setiembre el general en jefe del imperio (el conde palatino Federico) puso en Viena á los pies del emperador las banderas cogidas á los turcos. El valiente Scharltin de Burtenbach pensaba que con la mitad de la tropa reunida se hubiera podido conquistar la Hungría.

A los contemporáneos pareció incomprensible que Carlos dejara de perseguir al enemigo, despues de una victoria tan fácilmente obtenida, todo para pasar sin demora á Italia, cuando poco antes se le habia visto armado de pies á cabeza, montado en su caballo de guerra, jurando que arrojaría de este mundo al perro turco y que nadie le impediría tomar parte personalmente en el combate. Mucho habia dado ya que pensar la lentitud de las operaciones de campaña, que Scharltin comparó en términos enérgicos con el avance pensativo de un buey que pasa rumiando de un pasto á otro; y seguramente hubo muchos entonces que se preguntaron, como el monje analista Kilian Leib, si los grandes jefes que con su mirada gobernaban, ó debieran gobernar, el mundo, estaban dotados en realidad de tanta sabiduría como él y los suyos les suponian. El rey Fernando se mostró desesperado cuando vió que su hermano el emperador, en lugar de arrebatar con todas sus fuerzas la Hungría á Zapolya, abandonaba el ejército y se apresuraba á pasar á Italia. Fernando le acompañó un trecho para arreglar todavía algunos negocios con él, segun escribió á su hermana María, diciéndole: «Ya sabeis que el arreglo de la mayor parte de los negocios se deja para lo último.»

Verdad es que la indisciplina y la desorganizacion de la numerosa hueste cristiana habrian impedido en gran manera la continuacion de la campaña; porque mientras los contingentes alemanes se negaban á servir fuera de Alemania, en Hungría las tropas españolas é italianas eran desde un principio el terror, no del enemigo, con el cual tuvieron poco que hacer, sino de los países alemanes por los cuales pasaron. Los italianos que el emperador quiso dejar á su hermano emprendieron el regreso á su país sin hacer caso de nadie y cometieron iniquidades estupendas enteramente por el estilo de los turcos, de lo cual se quejó Fernando amargamente en una carta dirigida á su hermana, empleando el adagio: «Este es el auxilio español.»

En opinion de Carlos, la inesperada retirada de Soliman era un suceso afortunado, mientras Fernando lo consideraba

como la experiencia mas dolorosa de su vida. Carlos tambien escribió á su hermana, mujer tan inteligente en materia política: «He de contentar al Papa; para todo lo demás hay tiempo.»

Así dejó Carlos V abandonado el gran objeto tan fácil de alcanzar, para ir detrás de la esperanza ilusoria de un concilio y de una inteligencia con el Papa, dos cosas incompatibles. Clemente VII no ocultó su descontento al saber la resolucion del emperador, despues de haber creído que continuaria ocupado en Hungría en una guerra al parecer larguísima, y solo por no poder evitarlo se avistó con él. En esta entrevista Carlos creyó poder alcanzar un nuevo y seguro arreglo de la situacion de Italia, la separacion del Papa de su amistad con Francia y la convocacion del concilio. Ninguno de estos tres objetos se realizó durante los meses que estuvieron juntos en Bolonia las dos cabezas de la cristiandad. A pesar del tratado secreto que se hizo entre ambos el 24 de febrero de 1533, y de la alianza defensiva que proyectaba el emperador con los Estados de Italia, de los cuales solo Venecia entró en ella, el Papa se negó ó poco menos á la convocacion del concilio; estaba á punto de consolidar definitivamente sus relaciones con Francia, y por lo demás casi todos los príncipes y repúblicas de Italia se mostraban dispuestos á favor de Francia, ó cuando menos cansadísimos de la tutela imperial.

Las verdaderas intenciones de Clemente VII habian quedado ya manifestas en aquella singular proposicion de un reparto de Italia que envió en mayo de 1532 á Fernando, y segun la cual éste debia ceder la Hungría á Zapolya y quedarse en cambio con una parte del territorio de la república de Venecia, mientras Francisco I se quedaria con Milan y el Piamonte; pudiendo eventualmente unido con el emperador conquistar á Venecia, solo que ninguno de los dos deberia poseer esta ciudad importante sino un tercero, por ejemplo la órden de los caballeros de San Juan. Siempre se deja ver el deseo del Papa de proporcionar al rey de Francia una posicion en Italia y de excluir de la península el predominio español, ó en otros términos, usados por un embajador francés, el propósito de que el rey de Francia dominara en Milan y el emperador en Nápoles.

La entrevista de Enrique VIII de Inglaterra con Francisco I en Boulogne y Calais, que se efectuó en octubre de 1532 con la acostumbrada y loca pompa, contribuyó quizás á que el emperador, dejando la guerra turca, marchase á Italia, si bien aquella entrevista no dió ningun resultado notable. Ana Bolena, nombrada recientemente marquesa de Pembroke, acompañó á su real amante á aquella visita; no tuvo el honor de ser recibida por Margarita de Navarra, pero celebró una conversacion política prolongada con el rey Francisco, al cual, segun observacion del embajador imperial Chapuis, sirvió mejor que Wolsey, sin pedir por eso 25,000 ducados anuales.

Mas trascendental fué la entrevista que tuvo Francisco I con Clemente VII. Carlos V, que con gran disgusto tuvo noticia de ella cuando se proyectaba, al salir de Bolonia manifestó inútilmente al Papa su opinion de que nada bueno podia resultar de tal entrevista. El espíritu de la corte francesa queda caracterizado sabiendo que el embajador imperial en Londres supo por su colega francés que corria la voz, tan injuriosa para el emperador, de que éste habia ofrecido al sultan repartirse entre los dos el dominio del mundo, para lo cual someterian juntos á otros soberanos cristianos.

Lo singular es que todas las pruebas durísimas que impuso á la política papal su tendencia favorable á la Francia, no fueron bastantes para desviar á Clemente VII de sus cálculos interesados en favor de la familia de Médicis. Chapuis escribia

á Carlos V: «En esta corte no hay nadie, tanto de la servidumbre del rey como de la reina, que no diga públicamente que Su Santidad venderá á V. M.» Habria sido natural que el proceder brutal de Enrique VIII en el asunto del divorcio turbara seriamente las relaciones entre el Papa y Francisco I, amigo declarado de Inglaterra; mas no sucedió así. El matrimonio entre Enrique y su querida, cuya preñez no admitia mas vacilaciones, fué bendecido secretamente en enero de 1533 por un sacerdote complaciente; pero la indiscrecion de Ana fué causa de que las personas que la rodeaban quedasen muy pronto enteradas; y despues de haber salido ya á misa en abril con todos los honores reales, se verificó en 1.º de junio la solemne coronacion en Westminster, no sin una demostracion de malevolencia de los comerciantes anseáticos. Tambien la masa del pueblo se mantuvo fiel á la reina repudiada Catalina. El rey Enrique, sin cuidarse de la causa pendiente en Roma, hizo que Cranmer, el nuevo arzobispo de York, declarase nulo su matrimonio con la española y poco despues apeló ante el mismo arzobispo á un concilio general. El Papa no pudo menos de declarar por su parte nulo todo lo hecho y amenazar con la excomunion á la pareja ilegítimamente casada y al prelado rebelde si dentro del plazo de seis semanas (11 julio) no se habia disuelto el matrimonio. En el calor de la disputa el rey se habia permitido los ataques mas fuertes contra el Papa; conversando con Chapuis habia criticado la costumbre de besar los pies, y las pretensiones del papado á la supremacía sobre todos los imperios políticos; y habia contestado al nuncio, que le recordó su propia defensa del papado en sus escritos, que al examinar mas á fondo esta cuestion se habia convencido de lo contrario, si bien añadió que el Papa tenia todavía en su mano el medio de hacerle volver á su opinion antigua. Siendo ya difícil para Francisco I mantener sus relaciones con el rey de Inglaterra, en esta contienda entre Enrique VIII y el Papa, sorprende ver que este último continuara, á pesar de todo, en su política contraria al emperador y favorable á Francia. En las famosas entrevistas con Francisco I en Marsella (octubre y noviembre de 1533) quedó el Papa profundamente impresionado al oír á un enviado inglés, que sin ambages se permitió comunicarle la apelacion del rey Enrique de Inglaterra á un concilio; mas el casamiento honrosísimo de su sobrina con el joven Enrique de Orleans le indujo á disimular que Francisco I eludiera el rompimiento con Inglaterra, que le habia pedido, y que continuara tambien despues sus esfuerzos para conseguir un arreglo amistoso entre Roma y Enrique VIII.

No podia ignorar el Papa que la union con Francia contra el emperador le habia de poner en cierto contacto con los aliados alemanes de Francisco I, es decir, con los protestantes. No se puede decir con toda seguridad que se hablara en la entrevista de Marsella del próximo levantamiento armado del landgrave á favor de Ulrico de Wurtemberg; pero es muy probable que así fuera, pues que muchos contemporáneos italianos refieren que el rey Francisco hizo creer á su huésped muy aceptable la idea de una guerra contra los hermanos Habsburgo, guerra que empezaria en Alemania y pasaria despues á Italia. En todo caso, no podia ocultarse á Clemente, «zorro viejo», que el rumbo político tomado por él habia de conducir á una comunidad de intereses políticos con los herejes alemanes; y no es extraño que un carácter tan desconfiado como el suyo quedase sumido despues de su viaje á Marsella en la incertidumbre mas angustiosa; pues el embajador francés, el obispo Du Bellay, le encontró en febrero lamentándose de ser otra vez «cautivo del emperador», mientras la mayoría de los cardenales gritaban en torno suyo como verdaderos demonios: «¡Crucifícadle!» A